

Ensimismamiento

KEPA AULESTIA

LA VANGUARDIA, 20.10.09

La temprana autoexclusión por la que CiU se desentendió de la negociación presupuestaria en Madrid pudo deberse a distintas razones, entre las que pesarían la sospecha de que el presidente Rodríguez Zapatero prefería otros apoyos, la certeza de que el PSC insistiría en evitarlos, o la necesidad de acabar con la larga etapa en la que el pujolismo se ofrecía al entendimiento con la Moncloa sobre todo en materia económica. Ello contrasta especialmente con el hecho de que el Gobierno socialista haya podido pactar las cuentas públicas de dos ejercicios consecutivos con el PNV, inmediatamente antes y después de apearlo del Ejecutivo vasco y, esta vez, en vísperas de que el partido de Urkullu hiciera ostentación de sus diferencias en un tema tan delicado como la estrategia frente a ETA. Los condicionamientos internos de la política vasca no impiden que los nacionalistas, aun sintiéndose agraviados tras el pacto entre socialistas y populares que permitió a Patxi López ser designado lehendakari, se esfuercen en proyectar la sensación de que continúan participando en la gobernación del país. Más allá de causas coyunturales, el retraimiento convergente puede significar una ruptura para siempre con la pauta establecida por el pujolismo.

Pero la ruptura descrita no constituye sólo una decisión adoptada por CiU tras la correspondiente deliberación de sus órganos directivos.

Más bien parece obedecer a que el conjunto de la política catalana está pasando por una etapa de ensimismamiento sin precedentes en los

treinta años de democracia y autogobierno. La explicación más inmediata de dicho fenómeno podríamos encontrarla en una clase política que contiene la respiración a la espera de la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatut.

La insistencia de Montilla en que el Estatut está vigente desde que fue refrendado por los catalanes no impide constatar que la demora de la sentencia prolonga un cierto clima de provisionalidad e indefinición en las estrategias partidarias. A medida que la espera se alarga, se produce un extraño silencio, roto de vez en cuando por alguna estridencia. Mientras, la Generalitat administra sus competencias y recursos sin que nadie aventure qué ocurrirá al final. Los pocos gestos que salen a la superficie reflejan la mezcla de impaciencia y temor que embarga a los dirigentes políticos, cuando todas las formaciones pueden aspirar razonablemente al gobierno tras las próximas elecciones y ninguna sabe con quién lo hará y cómo aproximarse con más garantías a la meta. Cuando cada partido necesita descolocar a todos los demás para asegurarse de que no pueda ser excluido con facilidad tras los comicios autonómicos.

En medio de la espera resulta inevitable la sensación de que la política catalana pierde peso en la política española. Al retraimiento de las formaciones nacionalistas con la intención de hallar ese núcleo de votantes que precisa movilizar cada sigla se le une el distanciamiento entre el PSCy el PSOE de Zapatero, o la irrelevancia del PP catalán en el confuso momento por el que atraviesa el partido de Rajoy. Es cierto que las aspiraciones de gobierno del Partido Popular arrastrarían indefectiblemente el incremento de su voto en Catalunya, y que los representantes que el PSC obtenga en las Cortes Generales secundarán siempre al candidato socialista a la presidencia. Pero también por eso la

política española puede prescindir de la política catalana, especialmente después de que las reformas autonómicas se hayan abierto paso en el resto de las comunidades.

Claro que la política catalana podría tensar sus relaciones con la española, por ejemplo, si de ella se adueñase una contestación marcadamente soberanista frente al Estatut. Pero hoy es menos influyente que nunca. Puede que se trate de un fenómeno transitorio, de una casual concurrencia de factores. Pero es probable que estos factores sean el reflejo de una transformación más profunda de la relación que la Catalunya política ha venido manteniendo con la España política desde la transición, sobre la cual pesó tanto. La superación del llamado "oasis catalán" ha hecho aflorar buena parte de las contradicciones que habían permanecido aletargadas durante las dos primeras décadas de autogobierno.

Pero la administración de la Generalitat desde postulados más progresistas que los que encarnó el pujolismo ha podido acabar contrarrestada por una cierta pérdida de la autoridad democrática con la que Catalunya hablaba a España, desde una sociedad civil adelantada a los tiempos que marcaba el resto del país. Quizá el retraimiento nacionalista y el ensimismamiento general tengan que ver también con esto.